

Yulienys Álvarez  
Águila

*El nuevo sujeto que  
Posse construye:  
para un Alvar Núñez  
de Latinoamérica*

**A** casi quinientos veinte años de la conquista de América el tema de la construcción de un sujeto cultural que realmente nos identifique sigue siendo una problemática imprescindible en el discurso artístico y teórico latinoamericano. La conmemoración de cinco siglos de este hecho trajo consigo la publicación de un texto literario que ha tenido, en mi opinión, la doble valía de ser pertinente artística y culturalmente. La novela *El largo atardecer del caminante* (1992) del argentino Abel Posse, es uno de esos textos imprescindibles en el discurso narrativo de América que versa sobre la identidad.

Pero, ¿por qué sigue llamando la atención un texto que se inscribe en una tradición literaria que se ha caracterizado siempre por su carácter instrumental (José A. Portuondo), función ancilar (Alfonso Reyes) y relación con la historia? La búsqueda de un sujeto cultural que nos identifique, a partir de la configuración intertextual de un personaje peculiar de nuestra historia, es para mí, eso que la distingue del resto de las construcciones narrativas que abordan este tema. Incluso de otras obras novelísticas del mismo autor y de las otras dos novelas que junto a esta componen su conocida trilogía del descubrimiento.

**La preocupación por la identidad. Relación literatura-historia. América como pluralidad**

Según criterios de Fernando Aínsa la preocupación por la identidad cultural apareció, en primer lugar, como una tendencia

correctora de la evolución histórica y como una forma de reivindicación de algo previamente perdido. «En el origen de esta noción hubo un doble proceso simultáneo:

1. Por un lado, una puesta en tela de juicio por parte de los sociólogos, antropólogos, historiadores y ensayistas europeos de la actitud etnocéntrica de las metrópolis occidentales.
2. Coincidió, por otro lado, con la necesidad que sintieron los pueblos, al acceder a una flamante independencia política, de reencontrar las raíces rotas de sus culturas de origen. Esta toma de conciencia de los países a los que se empezó a llamar el Tercer Mundo, llevó a exaltar lo peculiar de cada sociedad y a intentar una recuperación de tradiciones o expresiones culturales sofocadas o marginadas, cuando no parcialmente olvidadas.»<sup>1</sup>

La recuperación y sistematización de estas expresiones culturales marginadas no puede convertirse, sin embargo en un concepto inamovible de aquello que pretende definir, lo que ha llevado en el caso especial de Latinoamérica a la búsqueda constante y renovadora de estos presupuestos identificadores de nuestra cultura, a partir de la confrontación creadora de nuestras expresiones fundacionales. Esta circunstancia espacial ha hecho que la búsqueda de la identidad sea también un rasgo que hoy nos define culturalmente.

Es precisamente la narrativa la que ha ayudado a definir buena parte de lo que actualmente se conoce como identidad cultural de América Latina. Y este aporte no es casual, pues la narrativa de nuestro continente ha ido integrando a sus componentes literarios otros de carácter antropológico, sociológico e histórico, que constituyen la más genuina reafirmación de lo que somos y por lo cual nos distinguimos.

Aun cuando la Nueva Novela Histórica marcó un punto importante en la relación entre narrativa e historia, en América Latina el diálogo con la historia no puede considerarse un rasgo privativo de este momento. La relación literatura-historia se advierte desde el comienzo mismo en diarios, crónicas y memorias de conquistadores y conquistados. Y, aunque no podemos hablar aquí de literatura propiamente dicha sino género híbrido que importa más por el método mestizo de creación y por la información que por lo literario, no podemos menos que advertir

<sup>1</sup> Fernando Aínsa: *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, pp. 41-42, Editorial Gredos, 1986.

en ellos la presencia de una función estética. Esta es dada por motivos como la necesidad de conjugar el imaginario medieval europeo y mítico religioso americano con lo histórico testimonial, la comodidad que lleva a la fabulación al enfrentarse a realidades desconocidas para ambos bandos, así como la amenidad ligada al motivo pedagógico y las relaciones pragmáticas propuestas por los emisores de este discurso plural de la conquista y colonización. La relación literatura-historia no se establece aquí de manera intencional en el caso del discurso de los conquistadores aunque, en el caso de los cronistas mestizos, sí se manifiesta una necesidad de reescribir la historia oficial.

Este diálogo de la literatura con el discurso historiográfico se va a repetir durante todo el proceso evolutivo de la creación literaria del continente. Se hace evidente durante las luchas por la independencia con motivos que evocan la conquista y colonización y con una vuelta al tema de las culturas primigenias americanas en las narraciones, que llega a la idealización. Con el paso de la novela criollista e indigenista a la novela de la Revolución Mexicana se transita de la pintura o reflejo del cuadro histórico del siglo XIX, al hacer historia con una complicación progresiva de esta relación (historia-literatura) que se extenderá a buena parte de la producción narrativa de los últimos 50 años. Otra ramificación importante es la novela testimonio, en que lo biográfico y lo histórico alcanzan una reelaboración condicionada tanto por la función estética como por la intencionalidad reescritural que las alejan de ser meros documentos.

Esta relación latente en toda la producción artística y teórica del continente demuestra que, aunque el uso del concepto de identidad cultural sea relativamente reciente,<sup>2</sup> la preocupación por definir lo americano debe insertarse en la historia de un pensamiento que ha buscado, desde el momento del descubrimiento, establecer sus signos propios y las marcas diferenciadoras con Europa. Esta necesidad surge para los primeros descubridores a partir de la necesidad de reconocer, describir y organizar una realidad entendida como nueva precisamente por diferir de la europea.

En la valoración del patrimonio cultural de América se refleja la totalidad de una experiencia histórica continental. Esta

<sup>2</sup> Fernando Aínsa sitúa su aparición y generalización con la descolonización de Asia y, sobre todo, en África en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

valoración que parte de los modos particulares de vida de la sociedad, aspira a ser una conciencia totalizadora del ser colectivo con que se identifica culturalmente esta región ante el resto del mundo. Sin embargo, la noción de identidad cultural debe estar dada no solo por la representación que una sociedad se hace de sí misma sino en la integración de esta, con la idea que los demás se han hecho de ella. «Solo de la imagen y de la contra-imagen y de la confrontación de sus reflejos a escala global puede surgir una idea aproximada de “cuál” es “realmente” la identidad cultural de una sociedad.»<sup>3</sup>

Las crónicas de la conquista se convierten de esta manera en los textos fundadores de una manera de ver el ser latinoamericano desde fuera, que ha definido la generalidad de las caracterizaciones que de él se han dado. La necesidad de encontrar una representación que tenga en cuenta no solo la visión que de nosotros se han formado los miembros de otros grupos culturales, sino la que de ella nos hemos formado nosotros mismos, ha llevado a una constante revisión de estos textos, en obras desmitificadoras que ponen en tela de juicio expresiones culturales que habían sido tenidas por verdades históricas.

La escritura de la historia, ya sea en la novela o en un ensayo historiográfico, intenta entender el pasado para aprender de él y así comprender los procesos que contribuyeron a formar las sociedades actuales. La escritura de carácter histórico funciona como construcción y memoria colectiva de los hechos del pasado, y por lo tanto es uno de los pilares en los que se asienta la identidad nacional.

Las expresiones culturales de América Latina, al estar definidas históricamente desde la visión de los dominantes, fueron inevitablemente consideradas como exóticas. Esto, unido a la función aglutinante que cumplió la civilización española en este continente, con la identificación de diferentes culturas que hasta el momento de la conquista habían mantenido una relativa independencia y una diversidad cultural y heterogeneidad que las enriquecía, llevó a la total distorsión de nuestros verdaderos rasgos identitarios. Los mitos que se gestaron durante el proceso de descubrimiento y conquista de América se fueron constituyendo así en parte importante de la identidad latinoamericana.

<sup>3</sup> Ed. cit., p. 31.

1. Mito del hombre blanco símbolo de la civilización, que comienza con la figura del conquistador y el modelo creado por Cortés y va a prolongarse en la figura de caudillos, líderes de la independencia, los dictadores, y en definitiva en todos los miembros de la clase representante del poder político, interesada en mantener dicho mito.
2. Mito de América como paraíso que comienza con la descripción colombina de la naturaleza americana y que se extenderá a la visión de América como lugar ideal en que pueden realizarse todas las utopías europeas. Este mito también perdura luego de la conquista y va a manifestarse, por ejemplo en los ideales de la independencia, con que se pretendía crear en tierra americana una nación con relaciones sociales políticas y culturales superiores a las europeas. Hasta principios del siglo xx es que se reconoce la condición de América como continente subdesarrollado.
3. Mito del hombre americano como servidor que comienza a manifestarse en la visión del indígena como bestia, como salvaje o como hombre-niño cuya ingenuidad es incompatible con el ejercicio del poder, con lo que se justifica la subyugación de los habitantes primigenios de América. Estos seres necesitados de tutelaje, deshumanizados, van a ser identificados con todos los seres mestizos, no blancos, marginados racialmente a quienes se les negará no solo su derecho de ejercicio del poder, sino incluso su lugar relevante en la constitución social del continente. Hasta hoy estos seres se encuentran marginados y solo desde la cultura se acepta el carácter esencialmente mestizo del continente.

Estos mitos se desacralizan en la novela mediante la intertextualidad con los *Naufragios*, de Alvar Núñez, como hipotexto, con la incorporación de algunos motivos del texto que desdican la historiografía oficial. La relación intertextual que se establece con los *Naufragios* no es de carácter paródico, sino estos mitos que se retoman para redimensionarlos.

### **La autobiografía como architexto genérico. La construcción de un sujeto identitario en la novela de Posse**

La idea de que la autobiografía constituya o no un instrumento favorable para la comprensión histórica ha sido alternativa-

mente defendida y cuestionada. Señala Francisco Rodríguez<sup>4</sup> que en los inicios del estudio del género este se comprendía como un método de entendimiento de los principios organizativos de la experiencia. Se veía al trabajo autobiográfico como el resultado de un proceso de desarrollo vital, puesto que, según justifica, el sujeto al escribir intenta comprenderse a sí mismo y a la vez a la historia de su período vital y, buscando la conexión histórica de su vida, realiza una retrospectiva desde el presente. El problema de esta teoría estriba en la total identificación del autor con el sujeto de la escritura y en la credibilidad de que es posible la reconstrucción verdadera de la vida pasada.

Esta orientación teórica en la comprensión autobiográfica se extiende hasta 1956 en que aparece el artículo de Georges Gusdorf, «Condiciones y límites de la autobiografía», en el que se supera la identificación sujeto del enunciado/autor del texto. Para este autor la autobiografía no consiste en el recuento verídico de la vida, sino en la construcción de un yo por una memoria que a veces falla, con lo cual los recuerdos se mediatizan.

Por su parte Paul de Man insiste en que el interés de la autobiografía no está en que ofrezca un conocimiento veraz de uno mismo, sino en la peculiaridad que manifiesta en tanto texto especular capaz de construir con elementos retóricos el sujeto del enunciado como una ilusión de referencialidad.

En las concepciones bajtinianas del héroe es donde, sin embargo, se encuentra la posición teórica que entiendo como válida a la hora de analizar la novela de Posse. Aquí se entiende la autobiografía como un conjunto de enunciados que presentan la constitución de autoconciencia de un sujeto ficcional, que se prefigura como sujeto heroico en una construcción enunciativa. Esto entronca directamente con la concepción de Luckács de la incapacidad de la autobiografía como forma a través de la cual se reconstruye verídicamente la historia. Y no solo por su idea de la necesidad de mostrar a los héroes medios, sino porque esta prefiguración del sujeto de la enunciación como heroico, asegura una distorsión consciente tanto de su personalidad como de los sucesos en los que tomó lugar.

<sup>4</sup> Cfr. Francisco Rodríguez: «El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial». *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* XXVI, (2); julio-diciembre, 2000.

En los *Naufragios* de Alvar Núñez la forma autobiográfica más bien pretende liquidar la figura del conquistador como héroe, en ella finalmente se termina imponiendo una nueva concepción heroica cuyo máximo exponente viene a ser él mismo. Esto es llevado al paroxismo en la obra de Posse en la que precisamente, a través de la configuración de un ser humano no exento de defectos ni pecados, se muestra una heroicidad que lo erige como el verdadero héroe de la conquista desde la visión americana.

La forma autobiográfica no fue elegida arbitrariamente por Posse para mostrar la historia de este peculiar personaje que participa en el momento de la génesis de nuestra cultura. La intención es hablar desde el sujeto latinoamericano, desde un personaje que sin asimilar totalmente la identidad de los nativos americanos, se reconoce como diferente. Alvar forma parte de ese proceso de transculturación irreversible que constituyó la fusión de la cultura europea con la de los primeros pobladores de América.

Este personaje, precisamente por encontrarse en medio de este proceso de nacimiento de una nueva identidad, no llega nunca a reafirmar su heroicidad, sino que su configuración va a estar en función de la caracterización del nuevo ser. El sujeto enunciador en la narración, está consciente del carácter ficcional del personaje heroico que crea. Solo que esta heroicidad constituye la negación del modelo heroico de conquistador creado por Cortés. Y, además, no está en función de la creación de una figura heroica como individualidad, sino como símbolo y reafirmación del carácter original de un nuevo sujeto.

Alejandro González Acosta reconocía al respecto de este personaje histórico: «No puedo menos de observar que la figura de Alvar Núñez nos resulta cercana no solo por su condición de transculturado; además, como náufrago, viene a ser un “todólogo” contemporáneo, personaje tan de nuestro sentido de provisionalidad continental».<sup>5</sup> Esta posición es exactamente la misma que asume Abel Posse al seleccionar el llamado «personaje disidente» dentro de los soldados cronistas como narrador protagonista para su novela.

<sup>5</sup> Alejandro González Acosta: «Alvar Núñez Cabeza de Vaca: náufrago y huérfano», *Cuadernos Americanos. Nueva Época*, Volumen 1, Año IX, No. 49, enero-febrero, 1995.

El propio personaje histórico de Alvar Núñez desacraliza el mito del hombre blanco como vencedor, civilizado y predestinado por los dioses para la conquista del Nuevo Mundo, por su condición de náufrago, su caída a la condición de esclavo entre los indígenas y la propia desnudez que había sido vista como símbolo del estado salvaje.

Pero el propósito va más allá, implica devolver la voz de uno de los personajes representativos de la minoría que ha sido sometido por el discurso oficialista a los valores identitarios de la mayoría. Implica además su autorreconocimiento como ser nuevo, distinto, integrante de un *nosotros* que ya no puede ser ni indio ni español: «usted habla de tres categorías diferentes: usted habla de cristianos, de indios y de un misterioso *nosotros*. ¿Quiénes son esos misteriosos *nosotros*?»<sup>6</sup> Esta nueva categoría que llama la atención de Oviedo no puede ser comprendida por la visión colonizadora de los representantes del poder español: «Pero no puedo contarle lo que no comprendería ni podría aceptar. Solo a mí mismo me puedo contar mi verdadera vida. Esas vidas de ese *otro* que siempre anda escabulléndose y disfrazándose como un gran delincuente buscado por todos los poderes y todas las buenas opiniones». (: 58)

Aún después de su larga caminata el Alvar de la novela de Posse se resiste a volver a ser el mismo que salió una vez de España, más en busca de aventuras que de gloria: «Era otra vez don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el señor de Xerés. Pero era otro, por más que yo simulase. Era ya, para siempre, un otro». (: 131) Confirmando este proceso irreversible que hizo de él un ser transculturado que ya nunca más, aunque pretendiera, podría reconocerse como español: «No era yo. Era un actor. Un histrión. Actuaba de español pleno, como si nada hubiera pasado. Tal vez, disimulaba». (: 133)

En la novela, sin embargo, se aprovecha esta condición de estar en medio de dos culturas para conseguir, a través de la misma voz, una contraposición de actitudes que tiene como propósito último validar la nueva cultura, como un híbrido donde ambos elementos constitutivos, el español y el indígena, son igualmente válidos. Así, Alvar habla unas veces en nombre

<sup>6</sup> Abel Posse: *El largo atardecer del caminante*, p. 23, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2001. A partir de aquí se citará siempre por esa edición y con el número de página entre paréntesis.

de los españoles, generalmente para reconocer desde la voz del conquistador los valores que históricamente pretendieron negarle a las culturas autóctonas americanas; y otras veces, como indígena, pretende dar a conocer la otra visión del momento del descubrimiento y el proceso de toma de conciencia de los habitantes de América con respecto a la verdadera identidad de los conquistadores:

«Se tenían, desde el mar de los Caribes, noticias muy contradictorias que oscilaban entre la creencia en un retorno de dioses barbados civilizadores —reencarnación de Quetzacóatl— y una invasión de detestables y criminosos tzizimines, demonios enanos venidos del mar, capaces de todo crimen, acosados por una lujuria insaciable, entusiastas ladrones, guiados por un dios que había sido condenado a muerte, mediante la tortura de la cruz por algún motivo muy poco claro o por entonces muy mal entendido, ya que el mismo pueblo, según la leyenda que repetían los blancos barbados, habían preferido dejar en libertad al ladrón, al asesino, y no a él» (: 60-61).

La prueba de la negación de su propia cultura europea en esta novela se presenta de forma simbólica en la renuncia a todos los atributos que pudieran delatarlos como españoles, su negación sobre todo a que alguno de los miembros de la expedición llevara ropas durante su larga caminata hasta México: «Nada en nosotros demostraba nuestro origen trasatlántico. Nuestra arma mayor, nuestra identificación con el espíritu de esa tierra y con esa costumbre de hombredad de esos pueblos, era nuestra desnudez. Logré imponerme a todo intento de insistir en la indumentaria». (: 107-108)

Esta es la forma que prevalece, sobre todo en los capítulos en que se narran sus vivencias como miembro de la tribu de los chorrucos. El objetivo es también, en este caso, mostrar las verdaderas formas de vida de estos individuos. Formas que, aun siendo diferentes de las españolas, lejos de ponerse en duda, se asumen como más justas y valederas que las impuestas por las leyes en la *civilizada* Europa. El mayor valor que se le atribuye es el de convivir en total armonía con la naturaleza: «Nunca podría comprender un oficial del Consejo de Indias que, desde un punto de vista estrictamente natural, nosotros estábamos comparativamente disminuidos frente a ellos. Simplemente eran mejores animales de la tierra». (: 55)

Asimismo, Alvar muestra su asombro por la sencillez e ingenuidad de los indios, a las que toma por virtudes imprescindibles. Quizá llegue al punto de la idealización del mundo indígena, pero esto se debe a la comparación constante que él hace con el mundo europeo, al que describe como hipócrita, corrompido, en decadencia, y del que dice que arrastra consigo, en su camino hacia la perdición, a la América recientemente conquistada. Ve su propia civilización, la cristiana, como un mal creciente, en expansión, que corrompe. El narrador lo define con las siguientes palabras: «En donde nosotros entrábamos el mundo inmediatamente perdía su inocencia. Éramos como la mancha que se extendía más allá de nuestra voluntad». (: 182)

En ese sentido, Alvar considera a los americanos como seres libres del pecado original (América tiene un ambiente similar al paraíso bíblico) y va a apoyar su opinión a lo largo de todo el relato. En su última alusión al tema, resume la idea que enunció anteriormente: «No, los americanos no tienen nada que ver con Adán. [...] Somos sólo nosotros quienes los hemos sacado de la eternidad y los hemos metido en el sayal de los pecadores». (: 136)

Este proceso de reconocimiento de los valores de las creencias y leyes propias de esta cultura es el que lo lleva a autorreconocerse como uno más de ellos en un pasaje que constituye el símbolo más convincente en la narración de su asunción de las creencias de los chorrucos: «Yo me sentí como hombre de ellos, de ese mundo y no del cristiano, cuando tuve que matar a la segunda hembra [...] No. No sentí nada en el estremecimiento breve de su ahogo en las aguas del río. Ya podía sentir que era devolverle al universo una parte que igual se tomaría». (: 75)

Esta asunción de la visión americana se da también con respecto a la religión. Cuando Alvar Núñez intenta hablarles sobre el catolicismo a los chorrucos, estos lo miran con escepticismo, como a un loco inofensivo, casi con compasión, y el cacique Dulján, al hablarle sobre la pena por brujería, reacciona de la misma manera: «Se rió piadosamente y me explicó que el curandero, el brujo, no existe. [...] tus gentes son muy tontas, me parece que no son más que gentes llenas de miedo.» (: 80-81) Luego, cuando durante el Auto de fe a que tiene que asistir involuntariamente observa la manifestación, la describe de esta manera: «La exaltación de la gente, disfrazada de alegría,

aumentó entonces en forma muy enfermiza. Algunos rompían la fila y se acercaban, pese a los palos de la guardia, para escupir a los condenados. Escupían su propio miedo. Olía muerte y aplaudían a los oficiales del Santo Oficio y a los siniestros encapuchados. Aterrorizados, en verdad». (: 87)

La autobiografía se configura aquí como un modo de reivindicación de los valores de la cultura americana incluso por encima de los de la europea. El diálogo con el género autobiográfico justifica así la existencia no de una prolongación del sujeto español en el Nuevo Mundo, sino de un nuevo ser con caracteres individuales que parten de ambas raíces culturales y que se entremezclan sin que una pueda ir en desmedro de la otra.

En la configuración del nuevo sujeto latinoamericano, la condición de mestizo es cuestionada como fundamental y no se habla aquí solo del mestizaje racial, sino del cultural, precisamente de esa condición de ser con rasgos de dos culturas sin identificarse totalmente con ninguna de ellas. El carácter de mestizo se ve como condicionante de un destino trágico inevitable, lo cual se corrobora con la muerte de Amadís al final de la novela que aun en su condición de hijo de español no puede adaptarse a la nueva realidad europea. Alvar es consciente de este problema y por ello decide no enseñarle a su familia india el castellano, pues la lengua como elemento fijador de identidad los pondría inevitablemente en la posición de desarraigo, falta de identidad característica de los mestizos: «No le enseñé palabra alguna en español, porque el idioma, el conocimiento, pervierten. Durante aquellos años el silencio y el gesto nos comunicaron mucho más que las palabras. Y ella pudo seguir siendo ella misma, de su pueblo». (: 102)

El diálogo con el género autobiográfico se produce, en esta novela, no solo por su empleo como forma a través de la cual narrar los sucesos, sino incluso en la desvirtualización de las características atribuidas a esta forma genérica en la concepción tradicional. Así pone en duda la concepción lukacsiana de la autobiografía como medio inadecuado para la construcción de la novela histórica. El estudioso húngaro alegaba que la autobiografía, por su ocupación de mostrar las peculiaridades de la vida de un ser excepcional, no podía representar con verosimilitud la generación de los sucesos de la historia a partir de sus

causalidades. Esto, sin embargo, es subvertido en la novela de Posse en la que la construcción de la autobiografía relega la función de construir la figura de héroe como ser individual a la configuración de un nuevo sujeto cuyos caracteres esenciales se producen genéticamente en el texto.

La intertextualidad con el género autobiográfico como archi- texto es empleada en la configuración de un sujeto antiheroico que constituye una negación del modelo del conquistador de Cortés. El propio personaje histórico de Alvar Núñez desacraliza el mito del hombre blanco como vencedor, civilizado y predes- tinado por los dioses para la conquista del Nuevo Mundo, por su condición de náufrago, su caída a la condición de esclavo entre los indígenas y la propia desnudez que había sido vista como símbolo del estado salvaje.

El diálogo intertextual que se produce en la novela con el género autobiográfico tiene como fin la configuración de un nuevo sujeto identitario latinoamericano. Los caracteres atri- buidos a él no están dados de manera arbitraria a partir de la apreciación subjetiva de otros, sino que van surgiendo espontá- neamente de las especificidades históricas en que se generan. De esta manera no solo se imponen como realidades incuestio- nables sino que se imputa al discurso colectivo que ha hecho la historia, su responsabilidad en la configuración reduccionista de una supuesta identidad latinoamericana.

### **Alvar Núñez: una propuesta de sujeto identitario para América Latina**

¿Cuál es entonces el modelo identitario que la novela propone? El modelo identitario que la novela propone se distingue por coincidir con lo más avanzado de la intelectualidad latino- americana de hoy. Se caracteriza a través de la autobiografía de Alvar Núñez quien viene a configurarse no como figura indivi- dual sino como símbolo de ese nuevo sujeto.

Sus rasgos pueden sistematizarse en un mestizaje esencial- mente cultural, pues en el nuevo sujeto prevalecen rasgos de las dos culturas que le dieron origen, aun cuando no puede reconocerse ni español ni indígena. Por otro lado su carácter de sujeto transculturado manifiesta una necesidad de autodefinirse a partir de la pérdida de sus raíces primigenias, lo que a la vez lo convierten en sujeto híbrido e intercultural. Esto, por supuesto

no debe entenderse como signo de pobreza y dispersión, sino de riqueza e integración, en la conformación de una imagen plural y dialógica de América. El sentido de provisionalidad dado en su propia condición de náufrago es otra de las cuestiones con las que se autodefine el nuevo sujeto y unido a ello una necesidad de reescribir la historia y adecuar a su presente un pasado que le ha sido escamoteado por el discurso historiográfico oficial.

La mitificación de la naturaleza desde las primeras crónicas de la conquista convirtió a América en lugar inaccesible y ajeno por su condición paradisíaca o por su carácter de impenetrabilidad, lo que trajo consigo una nueva necesidad que distingue también al sujeto latinoamericano de todos los tiempos, la de establecer una relación conciliadora con la naturaleza a partir del deseo irrefrenable de un sentido de pertenencia. Este sentido de pertenencia que se expresa en la exigencia de establecer un espacio propio se relaciona directamente con otra de las características que Alvar Núñez adquiere en la novela de Posse, como símbolo del sujeto latinoamericano; y es su autorreconocimiento como ser marginado de un centro cultural hegemónico, que lo ha recluido a la periferia, a través de la construcción de un discurso colectivo, que se adjudicó el derecho de hacer la historia.